

Vísperas de la Revolución Mexicana. El hecho y la imaginación

Eduardo Mijangos Díaz

Instituto de Investigaciones Históricas-UMSNH

Resumen

El propósito de este texto surgió de un interés particular, relacionado con la enseñanza de la historia. En este sentido, considero que sugerir una forma alternativa en la lectura de los hechos históricos posibilita problematizar la historia misma, es decir, cuestionar la retórica como un producto sustancialmente elaborado con antelación y ante el cual los historiadores se asumen como divulgadores, en el mejor de los casos, o como simples transmisores de la información histórica. Lejos de ello, la construcción del conocimiento histórico nos demanda reflexionar las formas de su discurso, esto es, reconocer que los historiadores se involucran implícitamente en torno a una actividad racional, creativa y, por eso mismo, imaginativa.

Palabras clave: Revolución mexicana, historia, imaginación histórica.

Abstract

My interest in this theme derives from my own experience in History teaching. In this sense, I suggest an alternative way of understanding that enables us to problematize history itself; that means, to question the idea that rhetoric is a substantially beforehand constructed product, and that historians are assumed just as disseminators of historical data. Far from that, we demand reflective thinking in the historical knowledge that is conveyed, and the recognition that historians and their discourses are related to rational activity, and therefore to creative and imaginative activities.

I

Poco antes de su muerte, el profesor Edmundo O'Gorman (1906-1995), al recibir el *Doctorado Honoris Causa* por la Universidad Iberoamericana, cerró su discurso de agradecimiento en una forma que, a juicio de muchos lectores de su obra, sintetiza cabalmente su legado historiográfico:

Quiero una imprevisible historia como lo es el curso de nuestras mortales vidas; una historia susceptible de sorpresas y accidentes, de venturas y desventuras; una historia tejida de sucesos que así como acontecieron pudieron no acontecer; una historia sin la mortaja del esencialismo y liberada de la camisa de fuerza de una supuestamente necesaria causalidad; una historia sólo inteligible con el concurso de la luz de la imaginación; una historia-arte, cercana a su prima hermana la narrativa literaria; una historia de atrevidos vuelos y siempre en vilo como nuestros amores; una historia espejo de las mudanzas, en la manera de ser del hombre, reflejo, pues, de la impronta de su libre albedrío para que en el foco de la comprensión del pasado no se opere la degradante metamorfosis del hombre en mero juguete de un destino inexorable.¹

O'Gorman consideraba ahí que el esencialismo, la causalidad y el miedo a la imaginación constituían “fantasmas” de la narrativa historiográfica. En ese texto y en varios ensayos más, el notable historiador mexicano sugería estimular una nueva historia, una nueva lectura de la historia, más humana, sensible e imaginativa. Contrario a planteamientos positivistas que buscaban la “certeza” objetivista de la historia, O'Gorman demandaba una renovación de los estudios historiográficos y aquella disertación ampliaba su escepticismo intelectual respecto la “historia científica”, planteado con anterioridad en su obra historiográfica.² Desde luego que distintas valoraciones al respecto podrían enunciarse. Como quiera, resulta una invitación estimulante que bien podríamos compartirla de inicio con los estudiantes que tienen el propósito de transitar en la profesión del historiador.

Así entonces, la historia es importante en sí misma. Confiere un sentido crítico al individuo. Permite comprender por qué ciertas cosas de la realidad se nos presentan como tales. Se tiene la creencia de que saber historia proporciona certeza frente a la incertidumbre de la vida social o respuestas, cuando se pretende interrogar los cambios que ocurren en nuestro alrededor. El cultivo de la historia permite entonces encontrar respuestas a los hechos del presente. Pero lo que no debemos hacer sin ciertos riesgos es sacar “lecciones del pasado” seleccionando de él lo que convenga, y mucho menos que esas lecciones sirvan para formular “profecías”, tal como advierte Alan Knight, el connotado historiador inglés.³ En

1 O'Gorman, Edmundo, “Fantasmas de la narrativa historiográfica”, en: *Historia y Grafía*, núm. 5, 1995, p. 273. Comentarios alusivos a este texto en David Brading, “Edmundo O'Gorman y David Hume” en: *Historia Mexicana*, vol XLVI, núm. 4, 1996, pp. 695-704.

2 La riqueza de su obra intelectual y de sus planteamientos académicos rebasarían este breve espacio. Al respecto véase una de sus obras más importantes: *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, UNAM, 2006 (Imprenta Universitaria, 1947).

3 El primer intento de este ensayo me provocó la lectura de Alan Knight, “The Mexican Revolution: Five Counterfactuals”, en: Jaime Bailón, Pablo Serrano y Carlos Martínez Assad,

efecto, sucede que ciertos hechos de la historia son utilizados en función de intereses políticos, descontextualizando y con ello pervirtiendo los acontecimientos relacionales del pasado. Esta posibilidad instrumental no suele alimentarse de una explicación, digamos académica y sí propicia visiones estereotípicas o prejuiciosas de la historia.⁴

En este sentido, la historia es, pues, una forma de conocimiento que nos posibilita la certidumbre del presente pero sin que ese conocimiento se interprete como una predestinación de los sucesos inmediatos. El historiador, como señalaba Edmundo O'Gorman, por ser elemental a su profesión, debería evitar el determinismo y rehuir la teleología en la interpretación de los hechos históricos. Considerando estas premisas, ¿es factible valorar las circunstancias de ciertos acontecimientos que pudieron tener desenlaces diferentes a como están escritos? La respuesta es afirmativa si se advierte que ciertos hechos de la historia fueron producto de decisiones erróneas o momentos coyunturales y que, en tales circunstancias, hubo expectativas, vacilaciones, dudas y hasta confusiones. Advertir esos “momentos perdidos de la historia” como los denominaba Hugh R. Trevor-Roper⁵ no era un acto meramente ocioso o especulativo, más aún cuando esos momentos de decisión acarrearón una serie de consecuencias posteriores, a largo plazo. Se trata entonces de sugerir una reflexión sobre las “posibilidades” del discurso histórico, pero más cercanos a como lo concibe el historiador italiano Carlo Ginzburg en el postfacio de la obra *El regreso de Martín Guerre*, de la investigadora norteamericana Natalie Zemon Davis.⁶ Habrá que valorar entonces lo que Ginzburg distingue entre la imaginación literaria (el relato imaginativo de una “realidad” construida *ex profeso*), de la imaginación “históricamente determinada”, es decir, aquella mediada y circunstanciada con las fuentes, con una pretensión de “verdad” histórica. Ginzburg reconoció el mérito de Zemon Davis al reconstruir hechos históricos ocurridos en una aldea campesina del Languedoc, a mediados del siglo XVI, pese a los límites de la información primaria, es decir, ahí donde las ausencias de la información impedían un desarrollo coherente de los hechos, la historiadora acudió a “imaginar” los hechos en función de las “posibilidades” que ofrecían las propias fuentes. Una lectura legible entonces a partir del recurso imaginativo, “indiciario” de la historiadora.

Coords., *El siglo de la Revolución mexicana*, México, INEHRM, 2000, pp. 35-63. Recopilado de nueva cuenta en Alan Knight, *Repensar la Revolución mexicana*, México, El Colegio de México, 2013, vol. 2, pp. 633-670.

- 4 En torno al reiterativo problema de la utilidad práctica de la historia sigue teniendo validez la obra de Carlos Pereyra, et. al., *Historia ¿Para qué?*, México, siglo XXI, 1980. Desde luego que para los estudiantes es fundamental la lectura de Marc Bloch, *Introducción a la historia*, México, FCE, 2003.
- 5 Se refiere a ciertos momentos coyunturales en los cuales los hechos históricos pudieron tomar diferentes sentidos. Al respecto decía “al reflexionar sobre lo que aconteció realmente en la historia no debemos olvidar las ideas, las esperanzas y acaso las ilusiones que son también una porción de su substancia”. Hugh Trevor-Roper, “Los momentos perdidos de la historia”, *Revista de Occidente*, núm. 102, 1989, pp. 5-28.
- 6 Ginzburg, Carlo, “Pruebas y posibilidades. Comentario al margen del libro *El regreso de Martín Guerre* de Natalie Zemon Davis”, en: *Tentativas*, Morelia, Universidad Michoacana, 2003, pp. 217-251. La versión original corresponde a la publicación en Italia de la obra de Natalie Zemon Davis (Turín, 1984).

Es posible que los ejemplos de este recurso intelectual sean escasos pero no por ello pierden validez como alternativa. Don Luis González y González, preocupado por la formación de los historiadores, refería al respecto “Todas las corrientes de la historiografía contemporánea hablan de ponerle camisa de fuerza a la loca fantasía, pero son conscientes en mayor o menor grado, de que es un elemento deseable al hacer historia e imposible de erradicar del buen historiador”.⁷

Pese a estas consideraciones, formuladas por académicos en diferentes circunstancias, tales formas de repensar los acontecimientos del pasado no constituyen necesariamente una perspectiva de análisis formal y, seguramente, tampoco una metodología de la investigación histórica. Es apenas una actitud, una invitación provocadora orientada a reflexionar los hechos históricos y que acaso logre estimular la “imaginación histórica”. Un recurso válido y necesario para repensar los acontecimientos del pasado con menos convencionalismos de los que habitualmente nos atan a las fuentes documentales. A veces con demasiada formalidad. Con ese simple propósito asumimos que ciertos hechos de la historia -como la Revolución mexicana- pueden, y deben, problematizarse.

II

En las efemérides nacionales y en los libros de historia nacional se informa que la Revolución mexicana dio inicio formal un 20 de noviembre de 1910, con el llamado a las armas que por medio del *Plan de San Luis* emitiera Francisco I. Madero. Cualquier ciudadano reconoce este hecho cívico conmemorativo. A partir de entonces sobrevino en México una guerra civil de imprevisibles consecuencias: numerosas facciones revolucionarias se enfrentaron violentamente en un conflicto armado que desangró al país durante casi dos décadas. La violencia revolucionaria afectó ostensiblemente a todo el país, con diversa intensidad regional y con distintas repercusiones.⁸ El lento proceso de pacificación y de reconstrucción nacional se logró una vez que la Revolución fue políticamente institucionalizada a partir de 1920, luego del triunfo del Plan de Agua Prieta y el ascenso político de los generales sonorenses, y que un nuevo estado de derecho se hizo efectivo en México. Las siguientes dos décadas conforman la etapa “institucional” de la revolución, la configuración de un Estado corporativo que trató de legitimarse en el poder a través de reformas sociales y políticas que tuvieron su máxima expresión durante el gobierno cardenista, a fines de los años treinta. Así entonces, 1940 podría señalar el “cierre” de ese ciclo revolucionario al que genéricamente denominamos “la Revolución mexicana”.

7 Azorín, el crítico literario español –refiere Don Luis- se preguntaba “En la historia más rigurosa ¿podemos acaso evitar la infiltración de lo imaginario?”. Véase *El oficio de historiar*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1988, p. 42. En torno a las discusiones sobre la condición epistémica de la historia (la búsqueda de la verdad) y su relación con los relatos literarios (la ficción), véase la reciente obra de Enrique Florescano, *La función social de la historia*, México, FCE, 2012, pp. 238-258.

8 Para un análisis historiográfico más comedido en torno a la Revolución mexicana, sugiero la lectura de Luis Barrón, *Historias de la Revolución mexicana*, México, CIDE-FCE, 2004. En torno a las vicisitudes particulares: Patricia Galeana, Coord., *La Revolución en los estados de la República mexicana*, México, Senado de la República-UNAM, 2011.

Estos hechos parecen inobjetable, parte de nuestra memoria histórica. Pero acaso formularse la interrogante del porqué los acontecimientos se produjeron así, tal como los conocemos, permita estimular la reflexión. Después de todo, ¿era la Revolución un hecho inevitable? ¿Se percibía ya en 1910 el colapso del Porfiriato y se anunciaba una revolución?... En lo absoluto. Si bien en algunos libros de texto se abona la idea de un conjunto de factores “detonantes” de la Revolución (el despojo de tierras y la pobreza de los campesinos, los efectos económicos nocivos de la depreciación de la plata, las repercusiones políticas de la entrevista Díaz-Creelman, etc.), difícilmente podrían explicarse por sí solos como elementos que inexorablemente llevaron al estallido social. Hubo conflictos campesinos y represiones civiles antes de 1910, incluso antes de Cananea y Río Blanco, y hubo crisis políticas (como la que aconteció en 1904 y que motivó la creación de la vicepresidencia), no obstante, Porfirio Díaz había sorteado exitosamente diferentes problemas en el país aunque, como era de esperarse, cada vez se desgastaba más su legitimidad política. “El edificio porfiriano es ya viejo”, decía en enero de 1909 Federico Gamboa, el subsecretario de Relaciones Exteriores. Sin embargo la “certeza” de una revolución social era discutible en un país casi acostumbrado a las reelecciones y a la perenne permanencia de don Porfirio en Palacio Nacional.

En septiembre de 1910 se celebraron en todo el país actos cívicos, inauguraciones de monumentos, obras públicas, verbenas populares, concursos de oratoria y desfiles oficiales. La fiesta del centenario de la Independencia nacional fue un escenario lúdico conmemorativo en todos los estados de la República. En la ciudad de México, edificios nuevos (que aún hoy representan símbolos nacionales) y actos protocolarios tuvieron lugar, en presencia de numerosas delegaciones internacionales que testificaron, al igual que la prensa, el desarrollo de un país cubierto de modernidad y progreso material. Un escenario que pese a todo, cambiaría un par de meses después.

En el escenario político las cosas parecían distintas. Las disputas por la sucesión presidencial y los conflictos orgánicos entre la élite gobernante parecían un caldo de cultivo. En su tono metafórico decía Federico Gamboa en sus memorias: “La vasija está cargada hasta sus bordes, y puesta al fuego de la pasión política, que es de las pasiones más inflamables. Si el hervor llegase a derramar el contenido, ¿qué podría ocurrirnos?...Pregunta inquietante si las hay, e imposible de contestar todavía”⁹.

Había sin duda posibilidades de una crisis política, Bernardo Reyes y sus seguidores estaban a la expectativa de la vicepresidencia,¹⁰ mientras Madero, su familia y los maderistas demandaban nuevas oportunidades políticas. Pero hasta ese momento, el recurso de la violencia directa no se vislumbraba aún. Ciertos acontecimientos y ciertas decisiones (políticamente erróneas) acotaron el camino de la violencia y precipitaron, sin duda el colapso del régimen porfiriano. En su conjunto, los hechos que ocurren en el escenario nacional entre 1904 y 1910 constituyen un proceso de agudo deterioro del sistema político “inventado” por

9 Gamboa, Federico, *Mi diario* (tomo V, 1909-1911), México, Conaculta, 1995, p. 34-35.

10 En torno a las expectativas del general Reyes y su movimiento véase Artemio Benavides Hinojosa, *Bernardo Reyes. Un liberal porfirista*, México, Tusquets, 2009, p. 275 y ss.

Porfirio Díaz. Sin embargo, en lo particular, la lectura de ciertos hechos pareciera tener una fisonomía diferente. Antes del 20 de noviembre la Revolución pudo ser un acontecimiento anunciado. Los síntomas del enfrentamiento eran visibles en distintos escenarios del país, sin embargo esta aparente “inevitabilidad” de la violencia revolucionaria bien tuvo otros posibles escenarios.

Así pues, para Díaz hubo posibilidades de dar cauce distinto al problema de la sucesión presidencial, el hecho que, a la postre, produjo la crisis política que abrió la ventana para todos los agravios sociales. Un año antes, en marzo de 1908, se produjo la entrevista de Porfirio Díaz con el periodista norteamericano J. Creelman. La entrevista, difundida en numerosos periódicos, tuvo distintos efectos. Representó la inédita posibilidad de formar nuevos grupos y partidos políticos y hasta el factible relevo en la presidencia (por fin el mismo presidente parecía aceptar su decrepitud). Eventualmente, Díaz no cumplió su palabra y de nueva cuenta se presentaría como candidato presidencial, postulación que aceptó a fines de 1909.

Para entonces había síntomas de una debilidad estructural del sistema político porfiriano, un sistema eficaz en anteriores tiempos era a todas luces inoperante al filo de su séptima reelección. Distintos problemas sociales, políticos, incluso económicos, amenazaban la estabilidad del régimen, empeñado éste en las celebraciones del Centenario de la Independencia, que buscaban darle al país una imagen de armonía y modernidad en el extranjero.

El deterioro de la gobernabilidad porfiriana fue también del interés del gobierno norteamericano. En octubre de 1909 los presidentes Porfirio Díaz y William H. Taft tuvieron una importante reunión en Ciudad Juárez. Sobre el contenido de la entrevista formal se divulgó cierta información en la prensa de la época pero no así de los pormenores de la entrevista; incluso se ha especulado acerca de que el propósito que buscaba la Casa Blanca era valorar las condiciones físicas y políticas en las que se encontraba el dictador mexicano, que recién había cumplido 79 años de edad. ¿Hubo acuerdos o distanciamientos entre ambos gobernantes a partir de la entrevista personal en Ciudad Juárez? El caso es que dos semanas después el presidente Díaz solicitó la salida del país del general Bernardo Reyes. Para entonces “científicos” y “reyistas” habían protagonizado la “querrela de las élites”, dividiendo a los miembros del gabinete y a los gobernadores de los estados en sus respectivas preferencias por la vicepresidencia.¹¹ El “exilio” disfrazado de Bernardo Reyes hacia Europa dejó acéfalo a su movimiento organizado a lo largo del país y permitió a los científicos, ya sin oposición, una vía libre para la sucesión presidencial. ¿Fue un intento de Díaz por afianzar su régimen, “sacrificando” la posición de Bernardo Reyes? ¿Fue una decisión circunstancial o fue propiciada por el difícil entorno político nacional? ¿El hecho guarda alguna relación con la reunión Díaz-Taft, realizada quince días antes? Es difícil saberlo pero en efecto, no parecen hechos aislados. Las implicaciones de esa decisión fue crucial: numerosos reyistas militantes y simpatizantes fueron paulatinamente integrándose a las filas del maderismo y el desencanto y la oposición por el apoyo manifiesto de Díaz a los llamados “científicos”, enca-

11 Guerra, Francois-Xavier, *México. Del antiguo régimen a la Revolución*, México, FCE, 1988, 2 tomos.

bezados por el ministro de Hacienda José Yves Limantour, erosionó su ya debilitada imagen presidencial.

La necedad de don Porfirio para permanecer en el poder volvió a manifestarse al aceptar su séptima reelección. Rodeado de aduladores consideró que el país “aún le necesitaba”. Empero, a instancias de Teodoro Dehesa, gobernador de Veracruz, aceptó dialogar con Francisco I. Madero, el candidato opositor. En la tarde del sábado 16 de abril de 1910 aconteció la reunión entre el presidente y el político coahuilense. El antirreeleccionismo era ya una fuerza política creciente y el hecho de que Díaz recibiera en su casa al candidato opositor daba fe de su aparente deferencia y respeto. En la entrevista, según se dijo a los medios impresos, Díaz manifestó a Madero su voluntad para respetar los designios y resultados de la elección presidencial. Parecería el compromiso lógico. Eso fue publicado en la prensa nacional y posiblemente fue la principal solicitud de Madero hacia el presidente. No obstante, Alan Knight ha especulado en el sentido de que bien pudo haberse dado las condiciones para un acuerdo para permitirle a Madero un futuro político, es decir, transigir con el candidato opositor una salida en medio de un eventual conflicto político que ya se vislumbraba. Existían las condiciones. Díaz había sido durante su administración un hábil negociador con sus rivales políticos y Madero lo sabía. En Coahuila, unos años antes, la familia Madero había sido testigo de la mecánica política porfirista. Francisco I. Madero decía en una carta, a partir de la contienda por la gubernatura de Coahuila en 1904:

hay que hacer política en esa capital a ver quién quiere don Porfirio que sea el gobernador, pues si esa persona reúne las cualidades necesarias de honradez y demás no tendríamos inconveniente en trabajar por quien él nos indicara, pues no tenemos predilección por nadie.¹²

Así pues, Madero sabía “hacer política”, conocía la estrategia nacional porfirista, las “transacciones” con el centro –la capital- y asumía también el principio de subordinación (“no tendríamos inconveniente en trabajar por quien él nos indicara”). Madero y su familia eran políticos, podían transigir y valorar las condiciones y las oportunidades en un proceso electoral. El problema fue la voluntad de don Porfirio: decidió apoyar al candidato oficial (Miguel Cárdenas), quien era enemigo personal de los Madero. Aquella afrenta, aquel acto de menosprecio político, calaría a fondo en el ánimo de la familia Madero.

En 1910, Madero valoró que don Porfirio carecía ya de la fuerza política que aún se le atribuía; ahora él tenía sus propias ambiciones políticas y en aquel escenario, frente al longevo presidente, en una tarde de abril, bien pudo abordarse un conjunto de oportunidades para el candidato opositor. Por ejemplo, llegar al gobierno, fuese a través de un cargo en el gabinete, o incluso la presidencia una vez que Díaz saliera de ella (para ese momento, Díaz era un octogenario y su vitalidad física y política languidecían). Como quiera, estas son “posibilidades” y los hechos demuestran que no hubo acuerdo político alguno. Don Porfirio no

12 Carta de Francisco I. Madero a Rafael L. Hernández, 22 de octubre de 1904, Madero, *Epistolario*, tomo 1. Véase la valiosa información que presenta Alicia Salmerón en: “La mecánica de un régimen personalista”, Beatriz Rojas, Coord., *Mecánica política: para una relectura del siglo XIX mexicano*, México, Universidad de Guadalajara-Instituto Mora, 2006, pp. 301-353.

abandonó su estoicidad y según escribiría Madero poco después, la impresión que le causó don Porfirio era la de un viejo decrépito con poca inteligencia. Al parecer, Díaz subestimó a Madero: con el sarcasmo que lo caracterizaba, Francisco Bulnes afirmó que Díaz había mostrado menosprecio por aquel hombrecillo -un “pigmeo político” decía él- incapaz de representar entonces una opción política verdadera.¹³ Por su parte, Madero creyó ver en la debilidad física del presidente la oportunidad para derrotarle en las urnas electorales. No hubo acuerdo alguno. A pesar de su progresiva popularidad, Madero con sobrado optimismo no valoró que la maquinaria electoral y el propio sistema político favorecían la continuidad del porfirismo.

Las consecuencias de ese “no acuerdo político” fueron inmediatas: los antirreeleccionistas intensificaron su campaña política y ante las ostensibles muestras de apoyo popular, testificadas incluso por periódicos como *El Imparcial* y *El País*, autoridades subalternas de don Porfirio, deseosas de complacerlo obstruyeron la campaña política opositora, al grado de la represión directa. Francisco I. Madero, en medio de un mitin político en la ciudad de Monterrey, fue remitido a prisión luego de algunas argucias jurídicas. ¿Una torpeza política del gobierno federal? Al parecer, la represión generó un efecto contrario, otorgando mayor simpatía por la lucha política de Madero. La reacción de las autoridades porfiristas parecían desmedidas, pues si bien el maderismo se había fortalecido en varios estados de la República, la modalidad indirecta de los comicios presidenciales y el manejo institucional de los colegios electorales hacía difícil la victoria electoral del Partido Antirreeleccionista. En tal caso el “fraude electoral” anunciado después de las elecciones, fue más bien el argumento de los maderistas para convencer a la opinión pública de la naturaleza arbitraria y autoritaria del gobierno federal y de que, tal como señalara el Plan de San Luis, sólo de manera violenta, con la fuerza de las armas, podría acabarse con la opresiva dictadura porfiriana.

Así las cosas, en el verano de 1910 Díaz permitió otro éxito electoral completo, una reelección más, propiciando el hartazgo definitivo de los cada vez más numerosos opositores a su administración. Madero, con mayor fuerza política y quizás convencido de su mesiánico destino (recuérdese su convencido espiritismo), reunido con sus más cercanos colaboradores en San Antonio Texas, enarboló entonces el llamado al levantamiento armado nacional. Era el inicio de la Revolución mexicana.

III

La víspera de la Revolución mexicana había un complejo escenario nacional, en donde diversos problemas sociales y políticos parecían alimentar una crisis institucional. De hecho, una debilidad institucional (el “vacío de poder”); una aguda crisis política nacional (derivada de la sucesión presidencial); y un proyecto político alternativo (Madero y su movi-

¹³ Véase al respecto su obra *El verdadero Díaz y la revolución*, México, Eusebio Gómez de la Puente Editor, 1920.

miento antirreeleccionista), constituyen para ciertos académicos un conjunto de factores que, compaginados con una pérdida de legitimidad (el descontento social), propiciaron el estallido social que desangró al país los siguientes veinte años. El país hubo de reconstruirse de nueva cuenta, desde sus cimientos institucionales, y donde una nueva retórica, de naturaleza revolucionaria, debió desarrollarse para convertir la lucha revolucionaria en un mito historiográfico, el mito de la Revolución mexicana.

Finalmente, podemos convenir en que el colapso del régimen porfiriano y el consecuente principio de la violencia revolucionaria son hechos históricos. Están planteados en distintas representaciones gráficas, visuales y simbólicas: se le conmemora en los calendarios cívicos (20 de noviembre) y está presente en las crónicas de los libros de texto y hasta en la retórica política. Forman parte de nuestra memoria histórica. Sin embargo, si se le observa con atención, el desarrollo de los acontecimientos está preñado de circunstancias a menudo accidentales y, como puede advertirse, ciertas decisiones tomadas en momentos de crisis arrastraron consecuencias imprevisibles. Acaso parezca ocioso especular con un complejo escenario de alternativas o incluso la reconstrucción de ciertos hechos distintos a como están ya escritos. Pese a todo, resulta necesario repensar los acontecimientos en el contexto en el que se producen, con latentes posibilidades, y no como producto de invariables e inevitables sucesos que asemejan un juego inacabado de causas-efectos, o como diría Edmundo O’Gorman, visualizar al hombre convertido en “mero juguete de un destino inexorable”.

La lectura de la historia presenta pues profundos contrastes a medida que problematizamos los hechos del pasado. En este sentido, percibir la historia como un escenario contextualizado de circunstancias y posibilidades y no como un discurso teleológico prefigurado confiere sentido a nuestra profesión historiográfica. Como sugiere Mauricio Tenorio, la imaginación histórica, tal como si la practicase un pintor o un poeta, le propicia al historiador una forma “para experimentar posibilidades, para empujar los límites de lo percible y decible”. Se conjugan en esa experiencia lo imaginado -el objeto- y la imaginación -una forma de conciencia-, una herramienta “para revivir el pasado en el presente”.¹⁴

Al menos como una posible (y quizás necesaria) lectura alternativa, la Revolución mexicana bien podría considerarse un acontecimiento factible de valorarse en formas menos convencionales a como tradicionalmente se ha mostrado, esto es, aquella sucesión cronológica de hechos y de personajes que, carentes de explicación se reproducen en manuales y en libros de texto, orientados a reforzar valores de identidad, civismo y moralidad, pero poco aptos para explicar la complejidad del suceso histórico.

Visualizar entonces la historia con imaginación crítica constituye no sólo la invitación a una lectura diferente sino, a partir de ella, a pensarla, entenderla, humanizarla, reescribirla con rigor metodológico pero ausente de prejuicios. Percibir así la historia -decía Walter Ben-

¹⁴ Véase el amplio testimonio que expone de manera crítica Mauricio Tenorio Trillo, *Culturas y memoria: manual para ser historiador*, México, Tusquets, 2012, pp. 138-181.

jamín- significaba ver “la riqueza cualitativa del mundo como una metamorfosis”, en el amplio sentido de la transformación humana.

Fuentes de consulta

- Barrón, Luis, *Historias de la Revolución mexicana*, México, CIDE-FCE, 2004.
- Bazant, Mílada, Coord., *Ni Héroes ni villanos. Retrato e imágenes de personajes mexicanos del siglo XX*, México, El Colegio Mexiquense-Miguel Ángel Porrúa, 2005.
- Benjamin, Walter, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos* (Introducción y traducción de Bolívar Echeverría), México, Itaca-UACM, 2008.
- Betancourt Posada, Alberto, Coord. *Historia, representación e interpretación*, México, UNAM, 2005.
- Bulnes, Francisco, *El verdadero Díaz y la revolución*, Eusebio Gómez de la Puente Editor, 1920.
- Domínguez Michael, Christopher, *Profetas del pasado. Quince voces de la historiografía sobre México*, México, ERA-Universidad Autónoma de Nuevo León, 2011.
- Florescano, Enrique, *La función social de la historia*, México, FCE, 2012.
- Ginzburg, Carlo, *Tentativas*, Morelia, Universidad Michoacana, 2003.
- González y González, Luis, *El oficio de historiar*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1988.
- Guerra, Francois-Xavier, *México. Del antiguo régimen a la revolución*, México, FCE, 1988, 2 tomos.
- Guerra, Francois-Xavier, “Por una lectura política de la Revolución mexicana” en: *Memoria del Congreso Internacional sobre la Revolución mexicana*, San Luis Potosí, INEHRM-Gobierno del Estado, tomo 2, pp. 449-463.
- Katz, Friedrich, Claudio Lomnitz, *El Porfiriato y la Revolución en la historia de México. Una conversación*, México, ERA, 2011.
- Knight, Alan, *La Revolución mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional*, México, FCE, 2010.
- Knight, Alan, *Repensar la Revolución mexicana*, México, El Colegio de México, 2013, 2 volúmenes.
- Tenorio Trillo, Mauricio, *Culturas y memoria: manual para ser historiador*, México, Tusquets, 2012.
- O’Gorman, Edmundo, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, UNAM, 2006.
- O’Gorman, Edmundo, “Fantasmas de la narrativa historiográfica” en: *Historia y Grafía*, núm. 5, 1995, pp. 267-273.

O´Gorman, Edmundo, *Historiología: teoría y práctica*, México, UNAM, 1999.

Rojas, Beatriz, Coord., *Mecánica política: para una relectura del siglo XIX mexicano*, México, Universidad de Guadalajara-Instituto Mora, 2006.

Fecha de recepción: 8 de agosto de 2014.

Fecha de Aprobación: 10 de octubre de 2014.